

## CHESTERTON, CABALLERO ANDANTE

(UN APUNTE SOBRE EL "ETHOS" CHESTERTONIANO  
EN EL CINCUENTENARIO DE SU MUERTE)

POR

MIGUEL AYUSO

«Un hombre es su espíritu. Narrar la historia de un hombre de letras, evitando citas y referencias a sus obras publicadas, es simplemente no narrarlas».

(HILAIRE BELLOC)

### I. LA ETERNA CABALLERÍA.

Ciertamente no hay nada nuevo bajo el sol. Los hechos se recubrirán de caracteres pretendidamente renovados. Y las personas seguirán disimulando sus arrugas y los edificios ocultando sus grietas. Pero la observación del discurrir del mundo en la historia nos prueba la pervivencia de las instituciones y pautas de conducta más diversas.

La aprehensión de esa realidad es, en definitiva, un sólido argumento para la fundamentación de un tradicionalismo que no es estancamiento sino dinamismo y progreso. Porque la continuidad es algo que exige la propia naturaleza humana como condición de la identidad. Tanto para los individuos como para las comunidades. De tal modo que el imperio de la absoluta libertad de cambio impide, teórica y prácticamente, toda continuidad (1). Chesterton se lo pone en boca a uno de sus personajes: «A us-

(1) Cfr. ALVARO D'ORS, «Cambio y Tradición», en *Verbo*, núm. 231-2 (1985), págs. 113-7.

tedes —apostrofa a los *modernos*— sólo el cambio les interesa y por esa locura del cambio continuarán fracasando. Tuvieron su época feliz, cuando los hombres eran tan simples, sanos, normales y apegados al terruño como nunca pudieron serlo. Ustedes se lo perdieron, y aunque lo recobraran por un momento no tendrían la cordura de conservarlo» (2).

No creo, por tanto, faltar a la verdad o incurrir en lo ridículo si llamo a Gilbert Keith Chesterton caballero andante o le imagino sirviendo la causa de la eterna caballería cristiana. En realidad soñó *el retorno de Don Quijote*: nunca dejó de defenderlo y de predicar la necesidad de ese su regreso. «Dicen que estoy anticuado —dice Herne, el bibliotecario metido a caballero errante medieval— y que vivo en los días en que Don Quijote soñaba. Parece que se olvidan que ellos llevan, por lo menos, tres siglos de atraso y que viven en los tiempos en que Cervantes soñaba a Don Quijote. Ellos están viviendo todavía en el Renacimiento, en lo que Cervantes consideraba, naturalmente, como el Nuevo Nacimiento. Pero yo digo que un niño de trescientos años está ya terminado en la vida. Ya es hora de que nazca otra vez» (3). Y su terrena andadura fue un *combate* continuo y casi buscado en defensa de los ancianos, de los niños, de las viudas y, sobre todo, del honor de la Santa Iglesia.

Gustavo Corçao, refiriéndose al gran escritor inglés, distingue *combate* y *conflicto* como escuetas caracterizaciones de dos mundos; pudiéramos decir, de modo aproximado, que el segundo es para el hombre moderno lo que el primero era para el hombre medieval. Para los antiguos, el camino de la verdad era arduo y lleno de peligros, pero la verdad era un vértice. Para el moderno, la gloria consiste en llegar, completamente derrotado, a una duda tan completa, que llega a ser una certeza. El combatiente, que tiene al adversario delante de los ojos, es uno; el

---

(2) G. K. CHESTERTON, «El regreso de Don Quijote», en *Obras completas*, Plaza y Janés, Barcelona, 1967, tomo III, pág. 541. En adelante, para las obras que figuran en esa edición, citaré primero el nombre del libro y a continuación el tomo y la página.

(3) *El regreso de Don Quijote*, III, pág. 627.

agónico, en lucha consigo mismo, es dos: «Cheterton era uno. Era de la antigua raza de combatientes que una vez que otra se lanzaba contra molinos de viento con la fuerza y la agilidad de los supervivos» (4).

No dejaba sin respuesta una afirmación falsa, no había polémica en la que no contendiera, no consentía en pasar un debate sin terciar en él, hasta el punto de que comienza *Ortodoxia* escribiendo: «Este libro es la respuesta de un desafío que se me ha hecho. Válgale ésto por única excusa, ya que hasta un tiro fallado se ennoblece si se dispara en duelo» (5). La explicación es sencilla. Cuando publicó *Herejes* —conjunto de notas sobre Kipling, Shaw y Wells—, un crítico llamado G. S. Street dijo que era sumamente cómodo eso de exigir que todos definiesen su teoría cósmica, mientras eludía cuidadosamente predicar con el ejemplo. Lo cual —escribía con gracejo en la primera página de su respuesta— no dejó de ser una incitación temeraria, tratándose de persona que estaba más que dispuesta a escribir un libro a la menor provocación.

Su obra, además, no está sino constituida por libros de caballería, género fantástico en el universo conceptual del racionalismo. De sus novelas lo es, casi en un sentido estricto, *El regreso de Don Quijote*. Pero, ¿cómo no ver adaptaciones de tal género a las exigencias del siglo xx en el duelo del *cruzado* Mac-Ian con el *ateo* Turnbull, o en la reivindicación patriótica que anima, en la guerra de los barrios, al *humorístico* Auberon Quin y el *fanático* Adam Wayne? ¿Qué es sino un desfacedor de entuertos el padre Brown, que bajo la apariencia zafia sabe de verdad lo que es el misterio? ¿O el capitán Dalroy con su cruzada salvadora del moderado buen beber?

Sí. *El regreso de Don Quijote*, *La esfera y la cruz*, *El Napoleón de Notting Hill*, las serie del *Padre Brown* o *La hostería volante* son narraciones transidas de espíritu caballeresco.

Pero, ¿es que acaso son menos merecedores de esa calificación

(4) GUSTAVO CORÇAO, *Tres hectáreas y una vaca. Ensayo sobre Chesterton*, Plantín, Buenos Aires, 1954, págs. 51-2.

(5) *Ortodoxia*, I, pág. 495.

ensayos dados a la estampa bajo rúbricas tan escandalosas para el mundo moderno como *Ortodoxia o Herejes?* O la recuperación del sentido cristiano de la historia en *El hombre eterno*, ¿no es una gesta contra los malandrines del materialismo histórico?

Veámoslo más por lo menudo.

\* \* \*

La novela *La esfera y la cruz*, uno de sus más bellos libros, es la historia alegórica —con casi símbolos puros o ideas desnudas en lucha si no fuera por la gran fuerza de sus personajes y la extraordinaria visibilidad de sus escenas— de dos luchadores, el católico y el ateo, que a lo largo de las más variadas circunstancias no consiguen cruzar los hierros, porque el clima de la *doxia*, conciliadora y medianera, ponía entre ellos, invariablemente, un obstáculo. El desenlace, inesperado, sorprendente, es la detención de *los dos últimos cruzados* por la policía de un moderado y clínico Estado totalitario que no puede admitir que nadie lo perturbe con tales *antiguas* disputas teológicas.

Es, sin duda, una ilustración literaria, insuperable por otra parte, del agnosticismo de las sociedades. Y es también una ilustración magnífica de qué puede hacer el ortodoxo en tal clima y con tan difíciles adversarios. La única cosa que podía hacer —y que hizo— era inculcar el gusto por la lucha, provocar, desafiar, despertar, galvanizar.

\* \* \*

*El Napoleón de Notting Hill*, historia de una guerra entre los suburbios de Londres, es en gran parte —según el testimonio de Maisie Ward (6)— producto de sus meditaciones sobre la guerra boer. Además de ser una excelente historia fantástica constituye igualmente una pintoresca exposición de su filosofía social.

---

(6) MAISIE WARD, *Gilbert Keith Chesterton*, Poseidón, Buenos Aires, 1947, pág. 143.

Auberon Quin, rey de Inglaterra en una época en que todos los reyes y funcionarios son elegidos a la suerte, es la encarnación del sentido del humor. Auberon decreta que a los respetables distritos de Londres se les den guardias cívicas con resplandecientes armaduras. Cada distrito tendría su escudo de armas, sus murallas... Pero lo que no es más que una broma de Auberon es tomado en serio por Adam Wayne, preboste de Notting Hill, entusiasta que carece de sentido del humor y que se lanza a la guerra contra los otros distritos de Londres para proteger una pequeña calle cuyas casas han decidido derribar en interés del desarrollo comercial.

Ello da lugar a una descripción de contiendas en que, entre hombres que sangran y mueren, vuelven a Inglaterra las viejas ideas del patriotismo local y la belleza en la vida cívica. Cuando Wayne escucha la pregunta atónita de «¿es posible que exista entre los cuatro mares de Inglaterra un hombre que tome Notting Hill en serio?», contesta con naturalidad y pasión que si es posible que haya quien no lo tome seriamente. Y cuando, mostrando su espada, dice que las cosas que ella toca dejan de ser vulgares y adquieren destellos mágicos, increpa a sus mercantilistas enemigos con un discurso vibrante: «¡Qué humanos sois, qué considerados! ¡Haríais la guerra por una frontera o las importaciones de un puerto extranjero; verteríais la sangre por los derechos de aduanas sobre los encajes o el saludo debido a un almirante! Pero por las cosas que hacen por sí mismas la vida digna o miserable... ¡Qué humanos sois!» (7).

---

(7) *El Napoleón de Notting Hill*, III, pág. 981. Estas páginas tienen un gran interés y en ellas exploya sus ideas sobre las luchas religiosas: «Yo digo, y sé muy bien de lo que estoy hablando, que nunca existió una guerra necesaria, fuera de las guerras religiosas. Porque aquellos hombres luchaban por algo que, si más no, pretendía ser la felicidad del hombre, la virtud de la humanidad. Un cruzado creía, por lo menos, que el Islam dañaba el alma de los hombres, desde el rey al último mendigo, que practicase su fe... Si como dicen vuestros amigos, no existen los dioses, y los cielos se oscurecen sobre nuestras cabezas, ¿por qué podría un hombre luchar, sino por el lugar donde encontró el edén de su infancia y el breve

Cuando Auberon, tras el fragor de la batalla y en la amargura de la derrota, confiesa a Adam que todo es consecuencia de una broma, éste toma la palabra: «Cuando llegan los días sombríos y terribles, tú y yo, el fanático puro y el satírico puro, somos necesarios... Somos como los dos lóbulos del cerebro de un labrador... Auberon Quin, hemos estado demasiado tiempo separados; vamos a seguir adelante juntos. Tú tienes la espada y yo la alabarda. Vamos a hacer maravillas por el mundo, porque somos sus dos puntos esenciales. Vámonos porque ya es de día» (8).

\* \* \*

De *El regreso de Don Quijote* se ha dicho que es uno de sus libros menos buenos, aunque como todas sus obras de esos años esté saturado de catolicismo (9). A mí, en cambio, y sin pretender desmontar ese ponderado juicio crítico, me produce debilidad la historia del bibliotecario especialista en la civilización hitita que, para ambientarse a un papel que ha de representar en una función teatral de tema medieval, llega a estudiar y conocer con tanta profundidad e intensidad la civilización cristiana del medioevo que provoca una revolución en la Iglaterra de su tiempo, resucitando las Ordenes Militares. Porque estoy convencido de que

---

cielo de su primer amor? Si ni los templos ni las escrituras son sagrados, ¿qué puede haber sagrado si ni la propia juventud del hombre lo es?».

Chesterton murió en junio de 1936. No pudo conocer, por tanto, del resurgir glorioso, caballeresco, que un mes después había de tener la fe católica en España. Y no pudo aplicar su juicio —siempre tan certero en lo concerniente a nuestra patria, como demostró en los comentarios del *G. K's Weekly* de los días 28 de diciembre de 1933 y 4 de enero de 1934, reproducidos en *Acción Española*, núm. 46 (1933-34), págs. 1.056-1.059— a los acontecimientos del verano de 1936. Pero no parece injusto ni aventurado pensar que su visión habría sido coincidente con la que su gran amigo HILAIRE BELLOC escribió en *The Universe*: «La guerra civil española es una guerra religiosa: esa es la característica esencial de toda la cuestión». Artículo traducido al castellano muchos años después y publicado en la revista *Punta Europa*, núm. 63 (1961).

(8) *El Napoleón de Notting Hill*, III, pág. 1.090.

(9) MAISIE WARD, *op. cit.*, pág. 421.

si se conociera el verdadero rostro de la Edad Media, despertaría honda admiración. Por medio de la *Liga del León* hace un llamamiento a todas las personas para imitar las buenas cualidades del rey Ricardo I y los cruzados, bajo condiciones —escribe irónicamente Chesterton— que no podían ser consideradas favorables a la empresa: «El estupefacto ciudadano quedaba informado de que Inglaterra llegaba a una crisis de la que sólo el valor podía salvarla, aunque sólo fuera el valor moral que se necesitaba para disparar una flecha a la ventura... Pero se decían también, no sin cierta juvenil arrogancia, muchas otras cosas de carácter más sincero, protestando contra el pesimismo suicida del gran reaccionario que declaró que había pasado la época de la caballería» (10).

Por medio de un grotesco incidente con el primer ministro, que visitaba la antigua abadía de Seawood donde se estaba representando la obra que dio origen a los sucesos, halló la manera de cambiar su país, restaurando el régimen de la llamada *edad oscura*. Lo que da ocasión a Chesterton para exponer, al hilo de la trama novelada, algunos principios fundamentales de su cosmovisión: la sabiduría segura se encuentra en los valores de la tradición que superan el subjetivismo puritano y el cientifismo exclusivista; la ligazón de esa experiencia es la religión, posibilitada por la autoridad y en cuyo sometimiento radica la libertad (11). Por eso la máxima armonía se alcanza en la Edad Media, cuando los gremios ofrecían un margen al sentimiento individualista, en el marco corporativo sólidamente establecido sobre bases espirituales.

Es, precisamente, la exposición de estos ideales gremialistas —en una sentencia que el rey de fábula dicta contra los intereses capitalistas— la que obliga a la poderosa aristocracia, hasta entonces divertida e incluso complacida con la aventura restauradora, a poner fin a la experiencia. Si dejó de ser rey o juez —gri-

(10) *El regreso de Don Quijote*, III, pág. 555.

(11) Cfr. RICARDO JORDANA, «Chesterton, Gilbert Keith», en *Gran Enciclopedia Rialp*, tomo VII, págs. 105-6.

ta entonces, al ser depuesto, Mr. Herne— siempre seré, sin embargo, un caballero errante: «Sigo hacia adelante como un verdadero desterrado; y así como algunos hombres roban en el camino, yo haré justicia en el camino; y eso se contará como un crimen aún más salvaje» (12). Tras una serie de andanzas por los caminos de Inglaterra en un «simón» —método de transporte sin precedentes en los anales de caballería—, el caballero y su escudero vienen a alcanzar la paz tras sus desvelos. Y el amor de sus damas. Así, todos los personajes terminan contrayendo matrimonio, porque la caballería atrae al monacato y «dondequiera que regresan los monjes, regresa el matrimonio» (13).

\* \* \*

*La hostería volante* es un libro lleno de vitalidad —los poemas que contiene fueron publicados separadamente después con el título de *Vino, agua y canto*— y revela la lucha por algo necesario para la plenitud: la libertad.

Patrick Dalroy, extravagante capitán irlandés, auténtico gigante, desembarca en Inglaterra cuando ésta padece una epidemia islámica que amenaza con hacerla perder su personalidad. Lord Ivywood, aristócrata rancio y orgulloso, está empeñado en que así sea, fiel a la tarea que se ha impuesto de reformat el mundo: «El mundo está mal hecho —dijo Ivywood con un acento terrible—, y yo *quiero* reformarlo a mi manera» (14).

Una de las reformas consiste en el cierre de las tabernas y la persecución del alcohol. Pero Dalroy y Mister Pump —dueño de una hostería llamada «El viejo navío»— desaffian la prohibición e inician, con un barrilillo de ron y un queso por toda provisión, una huida plagada de aventuras. Así nace *La hostería volante*, taberna que va con ellos acompañándoles en sus viajes, simbolizada en la muestra, y que viene a constituir el último reducto de libertad contra la tiranía islámica.

(12) *El regreso de Don Quijote*, III, pág. 616.

(13) *Ibid.*, pág. 634.

(14) *La hostería volante*, III, pág. 833.



Tras mil peripecias —mil burlas de la persecución oficial— se produce, por fin, el enfrentamiento entre el pueblo cristiano, aferrado al buen beber, y el dominio exótico que pretende recrearlo todo.

## II. UN CABALLERO ANDANTE.

Gusto por la lucha, cultivo de los valores no racionalizables, piedad, amor al débil, lucha contra las circunstancias, misterio, fidelidad al juramento y defensa de la antigua sociedad son algunos de los rasgos de la caballería cristiana que podemos encontrar en cientos de páginas de nuestro pródigo autor. Me limitaré, pues, a recordar algunas de sus ideas, tomadas al vuelo y sin pretensión alguna de exhaustividad, con un mínimo comentario y engarce.

### 1. Gusto por la lucha.

Se puede decir que su obra es un «ir al toro» de los problemas del mundo moderno, buscar los conflictos allí donde están. Aunque para los cuerdos de la razón desquiciada *eso no sirva más que para disgustos*.

Y es que en ese afrontar los problemas, en ese no desertar de las complicaciones, hay un profundo entendimiento teológico. Porque ese «ir al toro» significa ir al meollo de las cuestiones, adonde hay que llevar orden, luz y paz cristianos. Y si hay situaciones en que puede ser de loable prudencia y cristiana perfección evitar verse mezclado en ellas, la experiencia nos ha enseñado también —como le gusta decir a Manuel de Santa Cruz— que las personas que sistemáticamente rehúyen «las cosas que no sirven más que para disgustos» tienen una vida espiritual mediocre. Comprobable coincidencia, cuya contraprueba está en que la actitud del apóstol coincide con parecida frecuencia con la quijotesca de deshacer enredos.

Por eso, Chesterton es un avezado caballero. En el fondo entiende que la vida del hombre sobre la tierra es milicia y que, como escribe Corçao (15), la existencia más despreciable a los ojos del mundo es disputada en áspera lucha por los arcángeles. El temible adversario de Chesterton —dice en otro lugar (16)— era el que rehusaba la lucha y que en una de sus novelas aparece encarnado en un duque, espíritu amplio que se esforzaba por conciliar todas las doctrinas, lo que le llevaba a no comprender ninguna, y que hacía lo posible por agradar a todo el mundo, lo que conducía a no agradar a nadie.

Aquí está la explicación y el fundamento de su talante aguerrido. Como ha escrito Alvaro d'Ors, la guerra es preferible al pacifismo como el improperio lo es a la mudez. Chesterton, de modo parecido, sostiene que peor que el choque es la falsa conciliación. —«llamar paz a tan grandes males» como dice la Escritura—, y que la elección es un acto violento. Elegir, decidirse, es ya, además, empezar a vencer.

Pero nuestro mundo no quiere decidir porque no quiere creer, y reputa superior al hombre que nada en la indefinición, olvidando que «los nabos son singularmente tolerantes y los árboles no alientan dogmas» (17).

Por eso, la defensa de Occidente demasiado a menudo no ha sido más que la defensa de los errores occidentales. Pues por una suerte de perversa paradoja —escribe en el prólogo a la edición inglesa de *La défense de l'Occident*, de Henri Massis (18)— hemos pretendido la superioridad en todos los dominios excepto en el que éramos efectivamente superiores; hemos extendido a toda Asia los «accidentes» de Europa, y púdicamente nos hemos guardado de decir una palabra de lo que constituye la «sustancia». Hemos podido enseñar a los asiáticos a vestirse a la europea, pero, en lugar de inculcarles nuestras ideas más sanas, hemos

(15) GUSTAVO CORÇAO, *op. cit.*, pág. 10.

(16) *Ibid.*, pág. 48.

(17) *Herejes*, I, pág. 479.

(18) G. K. CHESTERTON, «L'Occident, c'est la Chevalerie», en *Itinéraires*, núm. 68 (1962), págs. 37-45.

sido invadidos de lo más malsano de su ideología: «El fatalismo, el pesimismo, la inhibición del espíritu combativo, el desprecio de la justicia personal, han invadido nuestro patrimonio intelectual como si de parásitos se tratase; y han prosperado de tal manera que, por así decirlo, forman la religión negativa de estos tiempos».

La respuesta a este colonialismo cultural que padece Occidente es resucitar la tradición caballeresca. Es comprender los libros de caballerías. Porque por prolijas y llenas de repeticiones que estén sus historias, presentan un rostro saludable que está ausente de las ficciones de nuestra era; los temas más fantásticos de estas novelas contienen un elemento de sensatez en el piélago de la anarquía subjetiva en que se debate la moderna novela psicológica: «Concedamos a estos libros... el mérito singular de tener por ideal *la voluntad que somete las circunstancias y no la que abdica ante ellas*» (19).

Hay una anécdota muy reveladora de este carácter indomable de nuestro autor y que por su gran virtualidad aleccionadora me gusta contar. Un día alguien organizó una encuesta literaria que contenía, entre otras, la siguiente pregunta: «¿Qué libro querría usted salvar si naufragase en una isla desierta?». Como resulta evidente, la isla y el naufrago eran por completo inútiles. Y el interrogador quería sólo el nombre de un libro, aunque debió hallar más elegante complicar la pregunta introduciendo catástrofes y accidentes geográficos.

Muchos de los encuestados no prestaron atención al contexto y respondieron con naturalidad o afectación nombres de libros notorios, raros o portentosos que les gustasen o quizá que les gustaría que les gustasen. Dos entrevistados, sin embargo, se atuvieron a las circunstancias que envolvía la pregunta. Uno de ellos —cuenta Corçao (20)—, sabiendo que iba finalmente a naufragar en una isla desierta, entró en convulsiones antiliterarias: «¿Libro? ¿Libro? ¡Permítame que, en una isla desierta, al me-

(19) *Ibid.*, pág. 42.

(20) GUSTAVO CORÇAO, *op. cit.*, pág. 31.

nos, me vea libre de ellos!». Era, seguro, uno de los llamados intelectuales quien así contestaba. El otro que consideró atentamente la pregunta de la hipótesis de la isla fue Chesterton que, como buen polemista, era ante todo un buen oyente. Así, Chesterton respondió que en la isla desierta desearía tener *El manual del constructor de botes*, como nos ha transmitido Maisie Ward (21).

Más que el buen humor de la respuesta interesa su profundidad. Chesterton no quería la hipótesis de la isla desierta, y ya que le forzaban a aceptarla, trataba de precaverse con los medios de salir de la isla lo más rápidamente posible, y volver a la comunidad de los hombres. Porque quería todos los libros de su biblioteca, quería el bote. Y desde luego no estaba dispuesto a dejarse aprisionar por esquemas restrictivos. Porque una cosa es haber sido derrotados y otra muy distinta estar vencidos, Chesterton prefiere la enmienda a la totalidad al «parche». Y se queda con la integridad sin dejarse distraer por los aspectos parciales: «Una cosa hay importante —dice en uno de sus poemas—: todo. Lo demás es vanidad de vanidades».

## 2. Cultivo de los valores no racionalizables.

Al lado de las cosas hay lazos invisibles que las anudan. El *estilo* viene a ser, paralelamente, una determinada modalidad peculiar que imprimimos a nuestras acciones cuando obramos, y que no enseña la naturaleza misma sino que se deriva de nuestra personal participación en el espíritu de la inmortalidad (22).

La obra de Chesterton muestra con claridad un *estilo*, un

---

(21) Cfr. MAISIE WARD, *op. cit.*, pág. 165; también GUSTAVO CORÇAO, *op. cit.*, pág. 32.

(22) Cfr. MANUEL GARCÍA MORENTE, *Idea de la hispanidad*, Espasa-Calpe, Buenos Aires, 1938, págs. 46-51; yo me he ocupado del estilo en cuanto concierne a la vocación política en mi ensayo «Los católicos y la vocación política», en *Verbo*, núm. 243-4 (1986), págs. 284-287.

conjunto de pensamientos de lo preferible, una imagen trascendente e inmanente al tiempo, invisible pero presente.

Ese *estilo*, que ya de por sí marca la quiebra o el agotamiento del racionalismo, en Chesterton se plasma en un abundante cultivo de los valores no racionales, en la exaltación de la vida, en la admiración ante el misterio, en el sentido de la abnegación y la pureza y en el desprecio por la filosofía moderna.

Quizá mejor aún que en sus ensayos como *Ortodoxia* o *El hombre eterno*, el anti-racionalismo chestertoniano alcanza sus cotas más elevadas en los personajes de *La esfera y la cruz*.

En efecto, en el primer capítulo, el profesor Lucifer hace el elogio de la esfera y el denuesto de la cruz: «¿Cómo podría significarse tu filosofía y mi filosofía —se dirige al anciano monje Miguel— mejor que con la forma de esa cruz y la forma de esta bola? El globo es razonable; la cruz es irrazonable. Es un animal de cuatro patas, con una pata más larga que las otras. El globo es inevitable. La cruz es arbitraria. Sobre todo, el globo constituye unidad en sí mismo; la cruz está, primordialmente y sobre todas las cosas, en discordia consigo misma. La cruz es el conflicto de dos líneas hostiles, de dirección irreconciliable...» (23).

El monje contesta con una alegoría de lo que les ocurre a los racionalistas. Conoció a un hombre —comienza diciendo— que opinaba también que el símbolo del cristianismo era un símbolo de barbarie y sinrazón. Comenzó, por supuesto, negándose a tolerar un crucifijo en su casa, ni siquiera pintado, ni pendiente del cuello de su mujer. Después fue haciéndose cada vez más violento y excéntrico; quería derribar las cruces de los caminos, arrancar las de los campanarios. Una tarde, cuando se encaminaba a su casa por un caminito vallado, vino sobre él con ferocidad el demonio de su locura. Vio que la empalizada era un ejército innumerable de cruces, ligadas unas con otras, de la colina al valle. Enarboló el garrote y se fue contra ellas. Al llegar a su casa, rompió los muebles porque estaban hechos de cruces. Y,

(23) *La esfera y la cruz*, III, pág. 187.

finalmente, la pegó fuego, pues no había elemento que no le repitiera la imagen insufrible.

Concluyendo así el monje su discurso: «Es la parábola de todos los racionalistas como usted. Empiezan ustedes rompiendo la cruz y concluyen destrozando el mundo habitable. Les dejamos a ustedes diciendo que nadie debe ir a la Iglesia contra su voluntad. Cuando les encontramos de nuevo están ustedes diciendo que nadie tiene la menor voluntad de ir a ella. Les dejamos a ustedes diciendo que no existe el lugar llamado Edén. Les encontramos diciendo que no existe el lugar llamado Irlanda. Parten ustedes odiando lo irracional y llegan a odiarlo todo, porque todo es racional...» (24).

Las proyecciones más inmediatas de este anti-racionalismo son un cierto vitalismo y el gusto por el misterio.

\* \* \*

Su vitalidad, que procede de una belicosidad alegre y sin hiel, es tonificante y saludable. Por eso, un crítico ha escrito que podría habersele aplicado el término *optimismo* si él mismo no lo hubiese usado para referirse a una especie de filosofía cómoda y simplista que lo arregla todo negando el mal.

Por lo demás, hasta su estilo literario no escapa de este influjo. Es abundante y generoso, como en las descripciones de ambiente y paisajes, como en las canciones populares de *La hostería volante*. Lo que explica los «flecós» que los entendidos han visto en sus formas. Y que en ocasiones traspasa al contenido, haciendo sus ideas excesivas y desatada su filosofía. Pero aun en estos casos levanta y despierta simpatía por su desenvoltura.

Su amor a la vida no es hedonismo y, cuando con su estilo gráfico ve la vida como un camello que nos regalan —pero el camello y la joroba son la misma cosa, de tal modo que no es posible aceptar aquél y rechazar ésta—, no hace sino admirarse ante el orden tradicional del pensamiento cristiano. Cuando la ce-

---

(24) *Ibid.*, pág. 189.

nicianta es corregida por el hada madrina y le dice que «sólo podrá estar en el baile hasta las doce», ella protesta y dice: «¿Y por qué he de estar sólo hasta las doce?». El hada madrina puede replicarle: «¿Y por qué has de estar hasta las doce?». Del mismo modo, cuando Chesterton está comiendo vigilia en viernes de Cuaresma y una señora metodista se sonríe, Chesterton puede contestarle: «Señora, lo maravilloso no es no poder comer carne los viernes, lo maravilloso es poder comerla el resto de los días, lo maravilloso es la gratuidad de la vida».

Tampoco está el paganismo en el origen de su actitud. Lo rechazó de modo expreso con palabras dignas de meditar: «Los críticos que estudian con preferencia los orígenes del cristianismo suelen decir que algunas de las fiestas rituales, procesiones o danzas son en realidad de origen pagano. Puestos a decir, podrían, igualmente, aseverar que nuestras piernas son de abolengo pagano; nadie ha discutido que la Humanidad antes de ser cristiana fuese humana, y no puede atribuirse a credo alguno la manufactura de las piernas que los hombres utilizaron para danzar, caminar o ir en peregrinación. Lo que sí es susceptible de mantenerse con probabilidades de convicción es que doquiera ha existido una Iglesia *ha conservado* no sólo las procesiones sino las danzas...» (25). Uno de los grandes méritos de la civilización cristiana —continúa— está en haber preservado tales cosas, gracias a las cuales en los países de arraigada religión los hombres continúan danzando mientras que las nuevas ciudades científicas se contentan con temblar.

Sería bonito, en este punto, comparar la obra caballeresca de Chesterton con la caracterización del caballero cristiano que debemos a García Morente (26). Quede para otra ocasión. A simple vista puede que parezca que el vital beber cerveza se aviene mal con el *vivir desviviéndose*. A poco que escarbemos, sin em-

(25) *La superstición del divorcio*, I, pág. 909.

(26) Cfr. MANUEL GARCÍA MORENTE, *op. cit.*, págs. 59-123. Sobre el concepto del caballero cristiano en Morente puede verse mi breve artículo «García Morente y el caballero cristiano», en *Roca Viva*, julio-agosto de 1986.

bargo, y aunque se aprecien ciertas diferencias con el hondón ascético del alma hispana, vemos que la obra del autor anglosajón no es ajena a esa suerte de combate espiritual que forja el filósofo español.

Sus personajes llenos de ganas de vivir no son despreocupados por las realidades eternas. Antes bien, encarnan ideales y por ellos emprenden aventuras —que no tienen nada de capricho— y afrontan riesgos.

También aquí, en consecuencia, Chesterton es un ortodoxo. Porque entiende que hay dos maneras de hacer de menos al cuerpo: «Mutilándolo como un fakir o regalándolo como un sultán». Seguramente, sigue su personaje, sería interesante interpretar al mismo tiempo el amargo hedonismo, los altos y salvajes gritos, los trompetazos fuertes del viejo juerguista pagano, con el pesimismo que se encuentra debajo de todo eso (27).

La clave interpretativa de las aparentes contradicciones está en que el cristianismo, al contrario que los filosofismos y las religiones falsas, es esforzado pero da paz y alegría: «El círculo externo del cristianismo es una guardia de abnegaciones éticas y de sacerdotes profesionales; pero, salvando esta muralla inhumana, encontraréis las danzas de los niños y el vino de los hombres... En la filosofía moderna todo sucede al revés: la guardia exterior es encantadora y atractiva, y dentro, la desesperación se retuerce» (28).

\* \* \*

El misterio, fundamento del buen sentido y del realismo práctico, es uno de los puntos centrales de la obra de Chesterton. Y la clave de su mentado anti-racionalismo. Porque el mundo, a pesar de las pretensiones ingenuas de los ilustrados, no es agotable por la razón, hay un residuo de concepciones e ideas que no es susceptible de racionalización.

---

(27) *El regreso de Don Quijote*, III, pág. 486.

(28) *Ortodoxia*, I, pág. 672.



Precisamente, en este conocimiento de los límites de la razón estriba la auténtica liberación. El hombre libre no es el que «trae dentro de sí un caos, para dar luz a una estrella danzante». No. El hombre libre es aquel que ama la tierra que pisa y la casa donde vive. Es lo que se ha llamado la «poesía de los límites» chestertoniana: «Se puede libertar a un tigre de las barras de su jaula, pero no podemos librarlo de las barras de su piel» (29).

Esta liberación que el espíritu obtiene con el conocimiento de sus límites, y que se enriquece con la idea del misterio, es decisiva para conservar la salud mental: «Es la idea del misterio la que conserva al hombre sano. El misterio es la salud del espíritu y su negación es la locura» (30).

Si el mundo no conserva la noción del misterio se transforma en un inmenso patio de manicomio. Esa es la primera idea maestra de Chesterton. A ella responden la sustancia de los capítulos principales de *Ortodoxia*, y en las novelas y cuentos es también omnipresente y fundamental. Pero donde tiene la más curiosa y tal vez decisiva actuación es en los volúmenes de novelas policíacas del padre Brown. Allí es donde Chesterton combate el reducto predilecto del racionalismo. Pues, como señala Corção (31) en su acertadísimo libro, es delante del crimen y de la iniquidad en general, cuando el determinismo y todas las formas de materialismo se sienten cómodos, y protegidos por una especie de mística; la enfermedad, el mal, el crimen, les parecen cosas extremadamente claras. El racionalista se siente atraído irresistiblemente a racionalizar el misterio de iniquidad, y los trabajos de ese género acostumbran a producir un gran desahogo en nuestro espíritu.

El ascético sacerdote metido a detective —verdadero anti-Sherlock Holmes—, no se basa en la exterioridad empírica de

(29) *Ibid.*, pág. 534.

(30) *Ibid.*, pág. 519. Tanto en la cita anterior como en ésta me he permitido, a la vista de otras versiones, alterar la traducción castellana por la que vengo citando.

(31) GUSTAVO CORÇÃO, *op. cit.*, pág. 123.

las pruebas materiales, sino en la comprensión del alma del delinciente, alquirida por el padre Brown en el confesonario. Su superioridad, en verdad, no consiste en la falta de lógica. El razona como cualquier persona medianamente sagaz. Pero la fuerza de su genio está en otra sabiduría: él conoce el mal. Lo conoce como un misterio y una herencia. Antes de perseguir ladrones y asesinos ya los perseguía en las almas de los penitentes y en la suya propia.

Por eso, Chesterton es un hombre que combate contra la conspiración intelectual que amenaza nuestra civilización y que denuncia en *El hombre que fue Jueves*: «Afirmamos que el criminal peligroso es el animal culto; que, hoy por hoy, el más peligroso de los criminales es el filósofo moderno que ha roto con todas las leyes». En comparación con él, los ladrones y los bigamos casi resultan de una moralidad intachable, pues, aunque por caminos equivocados, aceptan el ideal humano fundamental. Los ladrones creen en la propiedad, por eso procuran apropiársela. Los bigamos creen en el matrimonio... Pero, al filósofo, la idea misma de la propiedad le disgusta y le repugna el matrimonio» (32).

Jean Madiran, el gran escritor francés, ha captado la importancia de esta idea. Y en ella ha visto un reflejo de la verdadera contestación al mundo moderno: la que se eleva contra las injusticias y sinsentidos de la sociedad presente con ánimo de restablecer en plenitud el orden natural. En una palabra, la contestación *cristiana* al mundo moderno (33).

### 3. Piedad y amor al débil.

El hombre se encuentra situado en una posición de insolencia radical. Y su deuda es tan aplastante que, supuesto que alcanzara conciencia de su situación, jamás podría saldarla.

(32) *El hombre que fue Jueves*, III, pág. 45.

(33) Cfr. JEAN MADIRAN, *L'Hérésie du XX<sup>e</sup> siècle*, N. E. L., París, 1968, págs. 126 y 300.

Toda la comprensión cristiana de la civilización pende de esta verdad; por eso la civilización cristiana lo es en la perspectiva de la piedad (34). *Pietas*, virtud natural que cubre los campos de la familia y la patria, y que es una de las más arraigadas en el código de la caballería cristiana de todos los siglos. *Pietas*, virtud de que está «húerfano» un mundo caracterizado por la crisis del cuarto mandamiento.

Chesterton no era ajeno a la urgencia de su práctica. La ejercitó en su vida y la predicó con su pluma y su palabra. En su *Autobiografía* se aleja voluntariamente de la moda que cunde entre los que escriben su propia vida de verse sobre un fondo negro: «Lamento no tener un padre sombrío y salvaje que ofrecer al público, como causa verdadera de mi herencia trágica; ni una madre pálida y medio envenenada, cuyos instintos suicidas me hayan legado las tentaciones de un temperamento artístico. Lamento que no hubiese en los límites de la familia nada más sugestivo que un tío lejano y sin fortuna, y que no pueda cumplir mi deber de auténtico hombre moderno, maldiciendo todo aquello que me ha hecho cual soy» (35). Nuestro autor veía la vida como los antiguos, cuando se conocía la *pietas*. Y se mostraba agradecido a su país, a sus parientes, a su hogar por todo lo que le habían dado, por haberle moldeado. Por eso, continúa: «No tengo idea muy clara de lo que eso pudiera ser, pero estoy seguro de que todo es culpa mía y me veo obligado a confesar que vuelvo la vista hacia el panorama de mis primeros años con un placer que indudablemente debía reservar para las utopías del futurista» (36).

En un momento en que los bárbaros trabajan, desde el interior, para privar a Occidente de su sustancia y para persuadirle de que repudie su herencia, las palabras de Chesterton son un recordatorio formidable de que el alma de la Cristiandad es la Caballería y la Cruzada.

(34) Cfr. JEAN MADIRAN, «La civilisation dans la perspective de la piété», en *Itinéraires*, núm. 67 (1962).

(35) *Autobiografía*, I, págs. 22-3.

(36) *Ibid.*, pág. 23.

En 1925 da a la estampa unas palabras que parecen escritas para hoy, unas palabras en que marca su desacuerdo absoluto y resuelto con los sueños de quienes extienden con alborozo la partida de defunción de la civilización cristiana en nombre de los bienes contenidos en no importa qué religión o secta: «Los críticos de nuestra civilización, deshonrando sus crímenes como se debe, tienen una curiosa propensión a idealizar desmedidamente sus víctimas. Antes de la expansión europea, a creerlos, el mundo habría sido un verdadero jardín de Edén. Swinburne habla de España y de sus conquistas en términos que me han sorprendido siempre: «los pecados de sus hijos —dice—, sembrados a través de las tierras sin pecado», y que hicieron «maldito el nombre del hombre y tres veces maldito en nombre de Dios». Ahora bien, los españoles, convengo en ello, serían grandes pecadores; pero, ¿de dónde se sacó que los americanos estuvieran libres de pecado? ¿Es que hubo un continente todo poblado exclusivamente de arcángeles, querubines y serafines?» (37).

A continuación recuerda que los impecables pastores de esos pueblos de blancas palomas adoraban dioses inmaculados que no soportaban en su paraíso otro néctar u otra ambrosía que los sacrificios humanos. Y termina con estas lucidísimas palabras: «No defendiendo la causa de España contra Méjico. Compruebo de pasada, que es análoga a la de Roma respecto de Cartago... En uno y otro caso no falta gente entre nosotros para tomar partido contra su propia civilización y para absolver de todo pecado a las sociedades, cuyos pecados no es que claman, sino que aúllan contra el cielo. Vituperar a nuestra raza y nuestra religión, acusándola de haber fracasado en su ideal, está bien; pero es una tontería considerarla por eso más baja que las razas y las religiones que se fundan en un ideal diametralmente opuesto» (38).

Si todo comentario de algún texto chestertoniano siempre corre el riesgo de resultar de una vulgaridad insufrible al lado de

---

(37) *El hombre eterno*, I, pág. 1.540.

(38) *Ibid.*, pág. 1.541.

las palabras originales, en este caso no podría sino terminar repitiendo, una tras otra, todas sus palabras, las más expresivas, las más adecuadas, las más ajustadas.

Hay todavía un texto de cierta trascendencia en el que vuelve a hacer gala de su condición de hijo agradecido y en el que mezcla los latidos de la piedad con la generosidad del amor al débil. En la *Pequeña historia de Inglaterra*, en el capítulo titulado «España y el cisma de las Naciones», cuenta desde su personal óptica el suceso de la Gran Armada, llamada Invencible por el peculiar sentido del humor británico y el patriomasoquismo de los españoles que acuñaron la Leyenda Negra. Fue un triunfo —dice— que asombró al triunfador, ya que la fuerza contra la que combatían era precisamente el imperialismo en su pleno y colosal sentido: «Y sólo se puede apreciar la audacia de su desafío o la fortuna de su aventura penetrándose de que los ingleses eran, ante la España de aquel tiempo, tan oscuros, tan rudimentales, tan pequeños como los boers» (39).

Por eso, enjuicia con simpatía a aquellos corsarios ingleses que fueron la plaga del Imperio español en el Nuevo Mundo y que eran tratados —lo que reconoce técnicamente justo— de simples piratas en el Sur: «Sólo que hay derecho —es su explicación— a juzgar retrospectivamente, con cierta generosa debilidad, los asaltos técnicos que vienen de parte del más débil» (40).

No tengo nada que objetar a esta visión. Aunque sí me permitiré añadir algo que me hizo ver en un agudo apunte Vicente Marrero. Y es que, con idéntica razón, hay que juzgar *con generosa debilidad* el noble gesto de los argentinos recuperando por unos días las Islas Malvinas, antes de ser aplastados por la prepotencia odiosa y soberbia de Inglaterra.

Ya que me he deslizado por la senda del amor al débil, puedo poner término a este apartado con un texto muy breve sobre *la paradoja de la caridad o caballerosidad*, una de esas dos o tres paradojas sobre las que —decía— descansa la tradición de la

(39) G. K. CHESTERTON, *Pequeña historia de Inglaterra*, Calleja, Madrid, s. f., pág. 213.

(40) *Ibid.*, pág. 214.

Cristiandad, que pueden impugnarse tan fácilmente en una discusión como fácilmente pueden justificarse en la vida: «Cuanto más débil sea una cosa más debe respetarse, cuanto más indefendible sea una cosa más debe obligarnos a cierto punto de defensa» (41).

No podría haber hablado de otro modo un caballero andante, socorro de viudas, protector de huérfanos.

#### 4. Fidelidad a la palabra dada.

Si el sentido del misterio —tomado como paradigma de su furibunda cruzada contra el racionalismo— impide al hombre ser loco, paralelamente hay otra idea, arraigada en el fondo irrepresible de su pensamiento, por la que queda preservada la humanidad de caer en la barbarie. No se refiere, por tanto, como la primera, a la salud mental del sujeto, sino a lo que podríamos llamar con Corção salud social (42).

Es una idea extremadamente simple y no precisa de mayores preparaciones. La expone en un pequeño libro escrito durante los años de la primera guerra mundial y titulado *Barbarie de Berlin*: es la fidelidad a la palabra dada, a la promesa del voto, al pacto de la alianza: «Es claro que la promesa, o extensión de la responsabilidad en el tiempo, es lo que mejor nos diferencia, no digo de los salvajes, sino de las bestias y los reptiles... La promesa, como la rueda, es desconocida por la naturaleza; es la marca del hombre. Solamente con relación a la civilización humana se puede decir con toda convicción que en el principio era la Palabra. El juramento está para el hombre, como el canto para el pájaro y como el ladrido para el perro: es su voz» (43).

El respeto de la promesa aparece, por tanto, a sus ojos, de una importancia tal que, con no ser nunca fácil la mención de

---

(41) *Herejes*, I, pág. 386.

(42) GUSTAVO CORÇÃO, *op. cit.*, pág. 143.

(43) G. K. CHESTERTON, *Barbarism of Berlin*, Cassell, Londres 1914, pág. 32-3.

una cosa de la que se pueda decir después que depende toda la complejidad de la vida humana, «si de alguna cosa depende —se atreve a afirmar—, es de esa frágil cuerda extendida entre las colinas del ayer y las montañas invisibles del mañana».

Sin respeto a ese elemento dual y primero, base de todo derecho, el hombre se desliza por la senda de la barbarie a pesar de todas sus maravillosas y orgullosas conquistas. El bárbaro positivo —terminología que usa Chesterton para distinguirlo del imperfectamente civilizado— no es solamente el enemigo de la civilización sino el que busca una nueva civilización, un nuevo orden. Por aquí se ve también su pecado contra la reciprocidad —pues todos los acuerdos se cancelan ante la ley de la necesidad— y la piedad, como he intentado explicar en el epígrafe anterior.

La misma idea del juramento, para nuestro autor, está en la raíz de los problemas internacionales y de los problemas familiares. En cuanto atañe al patriotismo o al espíritu cívico, las personas de buen criterio aceptan la lealtad debida. El patriota podrá denostar a su patria, pero no renunciar a ella; y el vituperio —escribe en un pasaje de *La superstición del divorcio*— será tal vez un revulsivo para despertar sus energías y salvarla, pero no para aniquilarla. Todo el mundo reconoce, pues, como incontrovertible «la existencia de instituciones a las que estamos ligados de un modo permanente, así como la de otras a las que nuestra adhesión es temporal. Vamos de tienda en tienda intentando hallar lo que queremos, pero no vamos de nación en nación con la misma búsqueda... El momento en que un comercio pierde su clientela equivale al momento en que una nación necesita a sus ciudadanos...» (44). Otra cosa es que los necesite como críticos, pues para el bien de la patria las energías de la defensa externa deben allegarse con las de la reforma interna.

Pero si de la lealtad a la patria pasamos a la lealtad en la familia, Chesterton observa una diferencia sustancial en la realidad infinitamente más libre de ésta: «El voto es una promesa

---

(44) *La superstición del divorcio*, I, págs. 880-1.

de lealtad voluntaria, y entre los varios juramentos de fidelidad, el voto matrimonial se caracteriza por el hecho de ser la fidelidad fruto de la selección. El hombre no es tan sólo ciudadano de la ciudad, sino también su fundador y edificador. No es sólo un soldado que sirve bajo una bandera cualquiera; ha elegido él mismo sus colores, combinándolos artísticamente, como los de un traje individual» (45).

La consecuencia se abre camino fácilmente. Si es admisible exigir del hombre que se mantenga fiel a la comunidad que lo crió, no será una exageración que se mantenga fiel a la comunidad que él mismo crió: «No es ni mucho menos incomprensible que los votos formulados con plena libertad sean los que con mayor firmeza se observen. Llevan anejas por naturaleza misma de las cosas, tan tremendas consecuencias, que no hay contrato alguno capaz de sostener la comparación. No hay contrato como no sea el que se forma con la propia sangre, capaz de conjurar espíritus de las profundidades del mar o de poblar de que-rubines —o de diablillos— una modesta villa moderna» (46).

Toda su poderosa argumentación contra los divorcistas —que busca el lugar misterioso donde él y su adversario se pueden encontrar— gira en torno a esa moneda común y al tiempo cosa fantástica que es la fidelidad al juramento. Defiende con ahínco un derecho que nunca recogerán las proclamas liberales: el derecho de ligarse y de que se le crea por su palabra. ¿Me permitirán que use este rasgo en mi retrato del Chesterton caballero andante? El voto matrimonial es casi el único que queda de toda la concepción medieval de la caballería, último resto en el mundo moderno de la noción de santidad de una promesa solemne. Y, claro está, no podía soportar que se le quisiera arrumbar.

---

(45) *Ibid.*, pág. 881.

(46) *Ibid.*, pág. 882.



## III. CONCLUSIÓN.

Se ha dicho que lo más típico de la Cristiandad fue el nuevo concepto de lo militar y su encarnación en la *caballería*, institución que si conocida de otras civilizaciones es transfigurada por el cristianismo, adquiriendo un esplendor sin par.

André Maurois acertó a captar su esencia en tres pinceladas maestras: «Tirer l'arc; monter à cheval et ne pas mentir». «Tirer l'arc» es dominar el arma, y subraya el carácter esforzado y combativo del caballero, dispuesto a dar su sangre y su vida en la batalla. Chesterton hace honor a esta exigencia con el gusto por la lucha que marca su vida y su obra, y que le aleja de los resguardados abrigos del conformismo. «Monter à cheval» se refiere a la destreza física. Y nuestro hombre hace gala de una visión sacramental del universo que desemboca en vitalismo risueño. «Ne pas mentir», finalmente, significa el valor moral, poner la fuerza al servicio de la moral. Y también el gran escritor inglés lo practica en un grado eminente. No en vano es el cantor del juramento.

Pero las virtudes naturales del Código de la Caballería se desbordan, desde la raíz, con la irrupción de la gracia. Es Cristo el primer caballero y a El han de imitar. La piedra angular de la caballería cristiana es la lucha ascética y para conquistarla hay que descender, en escarpado viaje por las tierras de la Teología, a la profundidad del alma, al santuario de la vida divina. Chesterton también vivió esta certeza con pasión y así hace decir a uno de sus personajes: «Hay personas con quienes es inútil hablar de la flor de la caballería. Pero si verdaderamente queremos la flor de la caballería, tenemos que volver a la raíz de la caballería. Tenemos que buscarla, aunque la encontremos en un lugar espinoso que la gente llama Teología» (47).

Hoy que domina de nuevo el espíritu racionalista y que un viejo hedonismo vuelve a asirse a los placeres que nos abrazan

---

(47) *El regreso de Don Quijote*, III, pág. 624.

para ahogarnos, vemos alejarse como si de una sombra se tratase el tipo humano dibujado en trazos fuertes por Chesterton.

Pero ha de llegar el tiempo en que vuelva a sus correrías, porque «si todas las cosas son siempre las mismas es porque son siempre heroicas; si todas las cosas son las mismas es porque son siempre nuevas» (48). Pero ha de llegar el tiempo en que resucite de su tumba, como él mismo soñó: «Cervantes pensó que el Romance estaba muriendo y que la Razón podía razonablemente ocupar su lugar. Pero yo sostengo que en nuestro tiempo la Razón está muriendo, y su vejez es realmente menos respetable que el viejo romance» (49). Pero ha de llegar el tiempo en que vuelva a nacer, porque la caballería es la vocación de Occidente. Y el espíritu de la caballería es eterno.

---

(48) *El Napoleón de Notting Hill*, III, pág. 1.084. La página siguiente es de una gran belleza: «No hay escéptico que no tenga la sensación de que otros han dudado antes de él. Ni hay rico ni veleidoso que no sienta que todas las novedades son antiguas. No hay adorador del cambio que no sienta sobre su nuca el enorme peso del cansancio del Universo. Pero nosotros, los que hacemos las cosas antiguas, estamos alimentados por la naturaleza de una infancia perpetua. No hay hombre enamorado que piense que otros lo estuvieron antes que él. No hay mujer que tenga un hijo, que piense que ha habido otros hijos antes que el suyo. No hay hombre que luche por su ciudad, que sienta el peso de los imperios destruidos».

(49) *El regreso de Don Quijote*, III, pág. 627.